

CRICURSE

LITRANEO

RICANNO

VIRO

S E C C I O N

T H A T R O

1968

L A R G A

N E C H E

FRANCISCO WILLIAMS

R E P A R T O

=====

LUIS. Escritor
ISABEL. Esta es ella.
ANTONIO Y éste es él, su novio.
RAFAEL. Amigo pero de verdad de Luis.
FERNANDO. Socio de Antonio.
LUISA. ¡Ay! Mujer de Fernando.
LI-TANG Criado de Antonio.
TWEI-LANG. Hija de Li-Tang.
DON PABLO. Jefe de Isabel.
MARGARITA. Compañera de trabajo de Isabel.

La acción ocurre en la época actual y en el lugar y tiempo que ustedes verán. Por cierto, la noche estaba fría.

ACTO PRIMERO

=====

Biblioteca de LUIS. Al fondo a la derecha del actor, esquinada, una mesa de trabajo con su silla. En la mesa cuartillas, una botella de licor y un vaso. Detrás de la mesa, una ventana y tras sus cristales se observa como va cayendo la tarde. En el lateral izquierda tresillo y mesa fumador. Una puerta grande en el término derecha, y otra más pequeña a la izquierda.

ESCENA I

LUIS, sentado a la mesa, hace por escribir. Tiene unos cuarenta años.

LUIS.- La tarde acaba y el sol no entra en mi cabeza, ya bastante fría por la nieve de mis canas.

LUIS, va a la ventana, mira por ella y vuelve a sentarse.

Entra ISABEL, por la puerta grande que da a la calle, y cruza la escena en silencio, sentándose en el sofá. Fuma y al prender el encendedor, su ruido, hace levantar la cabeza a LUIS, que escribía y contemplarla extrañado.

ESCENA II

LUIS e ISABEL

LUIS: Pero... (Se incorpora lentamente) ¿Quién es usted? No tengo el honor...

ISABEL.- ¿No me conoce y está escribiendo mi vida... o quizá mi muerte?

LUIS.- Como broma no está. ^{mal} (Va hacia ella) Me presentaré. Luis Alcón. Así, espero abrir paso a una explicación lógica de su presencia en esta su casa y conocimiento de lo que estoy escribiendo.

ISABEL.- ¿Cree usted que soy medium, quizá?

LUIS.- Veo que es tan lista como hermosa.

ISABEL.- ¡Ah! Si me tratase así de galante en su obra...

LUIS.- Volvemos a las andadas... Pero, ¿me permite sentarme...?

ISABEL.- Con mucho gusto. Está usted en su casa.

LUIS.- Gracias. (Se sienta en el sofá a su lado) Estoy solo, no comprendo por ello quíen le haya podido abrir la puerta. (Como recordando) Claro que, ayer también creí que había alguien aquí, conmigo. Me suele pasar a menudo. ¿No ha notado alguna vez, a su lado, como una respiración tenue, silbante, como si alguien muy fijamente le observase? Ayer percibí como algo se deslizaba rozando la pared lentamente. Son sensaciones del más allá que a veces logro captar. Más de una vez he enfocado la luz de la pantalla a los rincones esperando encontrar algo, sin saber positivamente el qué. Y no es miedo lo que siento, se lo aseguro, sino curiosidad, una gran curiosidad, que me tiene prendido todo el día con el oído a la escucha de lo que creo entra y sale de mi cuarto. La soledad que me rodea a aumentado mis sentidos.

ISABEL.- ¡Pero que cosas más raras le ocurren! Pobre Luis. Supongo me permitirá tutearle.

LUIS.- (Fingiendo preocupación) ¡Señorita! La tarde que se va, se lleva mis inquietudes y siento deseos de amar. ¡Estoy tan solo!

ISABEL.- Ahora descubro que mis conocimientos tienen un fallo. Ni Antonio, ni yo, conocíamos esa faceta amorosa de Luis, el escritor.

LUIS.- ¡Oh! Aparece el nombre de Antonio cuando mi corazón había concebido la idea de amar.

Mientras LUIS habla, entra ANTONIO sin ser visto por aquel y se sienta en su escritorio.

ESCENA III

LUIS, ISABEL y ANTONIO.

ISABEL.- Es peligroso amar a una idea. ¿No te parece, Antonio?

ISABEL mira a ANTONIO, y esto hace volverse a LUIS.

LUIS.- (Incorporándose sorprendido) ¡Antonio!

ANTONIO.- Antonio mismo.

LUIS.- Señores, por el buen Dios que nos dio vida, denme una explicación normal de esta situación.

ANTONIO.- Dios creó el mundo de amor en seis días, y usted en seis horas solamente, quiere destrozarnos nuestro mundo de amor.

LUIS.- Dejemos el enigma prendido en el aire con los alfileres de mi paciencia y díganme tan solo a que han venido aquí.

ISABEL.- Usted nos trajo.

LUIS.- ¿Yo les traje? La luz que nos alumbra es testigo de mi inocencia.

La luz que penetraba por la ventana y que fue disminuyendo gradualmente conforme transcurría la escena, termina por desaparecer dejando semi en penumbra la escena.

ISABEL.- Buen testigo traes a tu pleito.

Luis.- ¡Ya es de noche! Señor, haz que la serenidad descienda a mis ojos y vea claro en esta neblina que me envuelve.

LUIS va hacia la puerta de la izquierda, en cuyo marco está la llave de la luz y enciende.

ANTONIO.- Lealo usted mismo.

ANTONIO le tiende por encima de la mesa las cuartillas que recoge.

LUIS se acerca, las recoge y lee pensativo.

LUIS.- "Antonio quería arreglar cuanto antes su situación. Se daba cuenta de que con sus ingresos nunca podría casarse con Isabel y buscaba, poseído de extraña inquietud, un medio de ganar dinero rápido y seguro. Pero para realizar sus deseos necesitaba suerte, mucha suerte y él no la tenía. Era el destino que estaba contra él, pero alguna vez acabaría por sonreírle. Antonio pedía una oportunidad, estaba seguro de sí mismo, pero sufría delante de Isabel porque no podía ofrecerle nada".

Deja de leer y bota con cansancio y elegancia las cuartillas al suelo, donde permanecerán hasta el final del acto.

De manera que esta Isabel y este Antonio son ustedes.

ANTONIO.- No insistamos en el hecho de si somos o nó, los personajes de su obra. Lo cierto es que yo vengo a que arregle mi situación económica, creada tan arbitrariamente y que me impide casarme con Isabel y que luego nos deje vivir en paz nuestra vida. Pido libertad.

ISABEL.- Y yo me anticipé a Antonio para pedirle lo mismo. Se lo que sufre y no puedo soportar verle preocupado todo el día. No tiene un momento de reposo. Nos pasamos el día riñendo y pidiéndonos perdón. Todos los días me levanto con la misma ilusión, con la esperanza de que todo se arreglará, pero pasan las horas y todo sigue igual.

LUIS.- Díganme quienes son, como han entrado y que quieren, si es que no están locos.

ANTONIO.- Muchas preguntas para responder en tan poco tiempo.

LUIS.- Tienen todo el que necesiteq... supongo.

Se dirige a la mesa se sirve y bebe.

ANTONIO.- Me da la impresión que bebe mucho.

LUIS.- No se preocupe.

ANTONIO.- (Mirando a su alrededor) Vive usted muy bien. Tiene una buena casa, comodidades por todos los rincones y nadie que le moleste. Así da gusto vivir. Yo no tengo nada, y lo poco que tengo cada vez se va rompiendo más y me va mostrando su vejez de una forma provocativa, a veces, sin ninguna consideración. Es triste, pero así es la vida. Unos lo tienen todo y otros... lo que yo. Pero le estoy abu-

rriendo con mis desgracias, dejemos de enumerarlas, y haga por remediarlo. Puede hacerlo.

LUIS.- (Entrando en la situación) ¡Qué puedo hacer yo!

ANTONIO.- Dejar de escribir esa absurda vida de miserias y privaciones que nos está haciendo pasar, eso no le interesa a nadie y escriba que mi situación no era tan desesperada, y que se iba arreglando poco a poco.

LUIS.- Me da la impresión que se han equivocado de puerta. Si vienen a pedir recurran a otro sitio. Yo me dedico a escribir no a hacer obras de caridad.

ANTONIO.- No me ha entendido. Solo le pido que escriba otra cosa más alegre. Que ese protagonista suyo, Antonio, que por desgracia soy yo, no sea tan desgraciado y pobre. Sería tan sencillo...

LUIS.- No es tan pobre. Hay muchos así, con un modesto empleo, que están conformes con su suerte. No se quejan y viven felices.

ISABEL.- Antonio ha tenido siempre grandes sueños y aspiraciones. Soñaba con ser un hombre poderoso, un hombre fuerte de empresa, conocido por todo el mundo y no se resigna a un destino oscuro y vulgar.

LUIS.- Soñar, soñar. Yo también soñaba con ser un escritor famoso y aquí me tiene escribiendo a fuerza de alcohol. Los sueños nunca son realidad, pertenecen a otro mundo, a un mundo delicioso, maravilloso en el cual no vivimos.

ANTONIO.- Pero es que nosotros pertenecemos a ese mundo. Formamos parte de ese mundo de sus sueños, somos sus personajes, y puede soñarnos de otras forma.

LUIS.- (Bebe y pasea) Es verdad, lo olvidaba. Vosotros sois los seres que yo estoy soñando. Y puedo soñarlos como me plazca. En mi mano está irlos construyendo pieza a pieza; pedazo a pedazo; pero no el cuerpo, que ya está hecho, sino algo más difícil, más bello, más inasequible a nuestro poder: el alma. Puedo hacer un alma buena, piadosa, resignada, o por el contrario un alma odiosa, repulsiva, adornada de todos los vicios conocidos. Ah! Qué poder el mío. Mi obra es mayor de lo que yo creía. Mi fuerza es sobrehumana, diabólica. Divina.

ANTONIO.- ¿Sería capaz de ello?

LUIS.- ¿Por qué no? ¿Por miedo? ¿Por bondad?

ISABEL.- Me da lástima...

Entra RAFAEL por la misma puerta que
ISABEL y ANTONIO.

ESCENA IV

LUIS, ISABEL, ANTONIO y RAFAEL.

RAFAEL.- (Que ha entrado como persona que no conoce familiarmente la casa)
¿Cuándo se acaba tu obra, genio? Pero ¿qué te ~~pase~~, se resiste?
Veo que el alumbramiento será doloroso.

ANTONIO, abandona el escritorio de LUIS,
y se sienta al lado de ISABEL.

LUIS.- (Va hacia Rafael) ¿Les conoces? ¿Voy a presentarte.

RAFAEL.- ¿A quién? ¿De quién hablas?

LUIS.- (Señala el sofá donde están sentados) De ellos.

RAFAEL.- No veo a nadie.

LUIS.- ¿No? ¡Pero si están ahí!

ANTONIO.- (A Luis) No nos verá. Somos sus personajes. Solo suyos. No lo
olvide.

RAFAEL.- (Pensativo) Trabajas mucho; debías tomarte unas vacaciones. Hace
mucho que te lo vengo diciendo. Puedes irte al campo con mi fami-
lia, ya sabes que eres bien recibido. Elena estaría encantada de
verte. Mi hermana siempre me pide noticias tuyas. O a la montaña.
Eso es, a la montaña. Nadie te molestará y podrás inspirarte a
placer. (Luis se impacienta) Vamos a ver. ¿Quién está aquí? Dímelo.

LUIS.- Ellos; Isabel y Antonio. ¿Quién te creías que eran, fantasmas?

RAFAEL.- De modo que son ellos; Isabel y Antonio. Vaya, vaya...

ISABEL y ANTONIO se incorporan para marchar.

ANTONIO.- (A Isabel) Vámonos, Isabel, es inútil.

Salen.

ESCENA V

LUIS y RAFAEL.

RAFAEL.- (Reacciona dándole la razón a Luis) Claro.

Va hacia el sillón al cual se dirige.

Creo que la presentación es innecesaria. Tanto me ha hablado Luis de ustedes, que ya creo conocerles.

LUIS va hacia el sofá al cual está hablando RAFAEL y se desploma sobre él.

LUIS.- No te molestes, gracias, ya se han ido.

RAFAEL.- ¡Ah! Ya se han ido.

RAFAEL se sienta a su lado, le pasa un brazo por la espalda y le habla con voz insinuante queriéndole comunicar su tranquilidad.

Veamos... empecemos otra vez.. cuéntamelo todo... dime; ¿qué te pasa?

LUIS.- Ya lo sabes. Se presentan diciendo que son personajes de mi novela y me piden que les cambie sus vidas, pues les desagrada la que les estoy escribiendo.

RAFAEL.- Pero vamos a ver. Lo que ellos dicen ¿tiene algo que ver con tu novela?

LUIS.- ¡Claro que tiene que ver!

RAFAEL.- ¿El qué?

LUIS.- Pues que se llaman Isabel y Antonio...

RAFAEL.- Eso puede ser pura coincidencia.

LUIS.- Y que sean novios, que viven estrechamente y que no puedan casarse ¿también es pura coincidencia?

RAFAEL. Eso es normal y corriente. En esa situación hay infinidad de parejas. ¿No podría ser que les conozcas y te estés inspirando en ellos para hacer tu novela?

LUIS.- Es la primera vez que los veo. Claro que, ella me dijo que era su biógrafo.

RAFAEL.- Ves, está claro. Es eso. Estás escribiendo sobre ellos.

LUIS.- Pero entonces ¿cómo no les viste tú?

RAFAEL.- Es cierto, estaban aquí. (Mira hacia la mesa y ve la botella) ¿Has vuelto a beber? No debes hacerlo, recuerda aquella temporada. ¿Ha dado mucho?

LUIS.- No seas idiota. ¿Crees que estoy borracho?

RAFAEL.- Esto tiene una solución.

LUIS.- ¿Cual?

RAFAEL.- Marcharnos juntos esta misma noche con mi familia. Tienes que hacerlo. Prepara un maletín con lo más necesario y te acompaño.

LUIS.- No es campo precisamente lo que yo necesito. Además, no quiero huir.

(Pensativo) ¿Y si fueran ellos? Rafael, por Dios, ¿no te das cuenta? ¿No comprendes todo lo que está a mi alcance? ¿No ves lo que puedo hacer? Crear dos almas y dos almas como a mi me plazca. Mi pobre amigo, no ves todo lo que puedo realizar con solo unas gotas de tinta y unas cuartillas.

RAFAEL.- ¿Ya empiezas otra vez?

LUIS.- Tienes razón, son tonterías.

RAFAEL se dirige hacia la puerta.

LUIS.- ¿Te vas, ¿Me dejas solo?

RAFAEL.- Vamos al menos a dar un paseo.

LUIS.- No quiero... ni puedo. Debo quedarme.

RAFAEL.- Está bien, como quieras. Mañana a primera hora vendré a convencerte si puedo. Si te decides, ten las maletas preparadas. Daremos una alegría a Elena. Acuéstate temprano y no escribas más. Adios, Luis ... y bota esa botella. (Luis intenta acompañarle) No te molestes, se el camino. Anda, acuéstate.

LUIS.- Adios, Rafael. Vuelve pronto.

Sale RAFAEL.

LUIS se vuelve y atraviesa la escena con ánimo de salir por la puerta pequeña del lateral izquierdo que comunica con la casa. Al pasar por el centro de la escena donde se hayan aún las cuartillas desparradas por el suelo, con elegante desprecio, las aparta con el pie y sigue su camino. Llega a la puerta y apaga la luz. Hay una breve pausa tras la cual LUIS, vuelve a encender, y aún con la mano puesta en el conmutador, mira las cuartillas. Va hacia ellas con pasos

lentos. Se agacha y las va recogiendo lentamente, pero al colocar una, repara en lo escrito, se interesa por ello, hinca una rodilla en el suelo y lee. Termina rápidamente de recogerlas todas y nervioso va hacia la mesa y se sienta dispuesto a escribir. Enciende la lámpara de su mesa y mientras bebe cae el

T E L O N

ACTO SEGUNDO

=====

CUADRO PRIMERO

Shanghai. Despacho donde se nota el influjo occidental malamente armonizado con el oriental. Ocupando todo el fondo, una amplia cristalera con una puerta que se supone da a un jardín, pues a través de los cristales se observará ramas de árboles. Al fondo derecha de la escena una mesa-escritorio con carpeta y papeles. A derecha y fondo, estantería con pocos libros y carpetas amplias de documentos, recibos y material contable. Primer término derecha puerta tapada con biombo de adornos chinos, e inmediatamente delante del biombo, diminuto tresillo de estilo oriental. Primer término izquierda, puerta.

ESCENA I

ANTONIO, luego LI-TANG.

Como las luces del día al marchar prestan ambiente a cualquier suceso, hagamos que el día esté terminando. No hay nadie en escena. Entra ANTONIO, por puerta izquierda. Atraviesa la escena y va a la estantería de donde toma un libro de la Compañía. Se sienta a la mesa.

Entra LI-TANG. Se acerca a ANTONIO
e inclina la cabeza en saludo cortés.

LI-TANG.- Buenas tardes, mi honorable señor.

ANTONIO.- ¿Qué hay de nuevo, Li-Tang?

LI-TANG.- La madera de sándalo ya ha sido embarcada.

ANTONIO.- ¿Y lo demás? El marfil y las especias.

LI-TANG.- Todo, mi honorable señor; todo va camino de occidente. Los indígenas blancos se llevan nuestras baratijas para adornarse en sus festines y fiestas. Las deslucidas y pálidas mujeres blancas, intentarán corregir a la naturaleza que se quedó corta en hacerlas bellas.

ANTONIO.- Va en gustos, Li-Tang; a nosotros nos gustan más que las vuestras.

LI-TANG.- Lo se, mi honorable señor, y es lo que me extraña, más demostrando ser inteligentes. Cuando se fue a la Residencia del Manantial Amarillo, es decir, cuando murió mi anciana primera dama, para que me entiendas, mi mujer, estábamos legalmente casados, y tomé otra primera dama, de cuya pérdida no me consolaré jamás, no me dio ningún hijo, yo era todavía demasiado joven y me sentía atraído por las mujeres occidentales. Hoy, que el espíritu de la cordura ha entrado en mí, no creo volver a irritar a los dioses con este motivo.

ANTONIO.- Eres como el loto. Plantas tus raíces en la tierra debajo de las aguas y no hay quien te mueva. Respeto a tu primera dama y a todas tus concubinas; ellas te han dado tierra para tus raíces. En cambio, yo, cuando encontré tierra, antes que pudiera fijar las raíces, fui transplantado.

LI-TANG.- En China, donde creemos haber solucionado el problema de las relaciones humanas hace siglos, la verdadera mujer no tolera las concubinas. Terminan por dejar de amar a sus maridos y toma carne en ellas la crueldad y el egoísmo.

ANTONIO.- ¿Y eso lo dices tú, Li-Tang?

ANTONIO.- Lo digo porque tú lo comprendes y lo sabes. Además, los tiempos han cambiado; las costumbres del Imperio se están perdiendo.

ANTONIO.- Y El Imperio también, Li-Tang. Te echaré de menos. Se puede hablar contigo como con un occidental.

LI-TANG.- Cuando hablo con mi honorable señor, dreo hablar con un hijo

del Celeste Imperio.

ANTONIO.- (Ríe) Buena lección.

Entra TWEI-LANG.

ESCENA II

ANTONIO, LI-TANG y TWEI-LANG.

Entra TWEI-LANG por la puerta de la izquierda. Posee toda la belleza de su raza y sus diecisiete años. Queda indecisa al ver a su padre. ANTONIO se levanta y va hacia ella.

ANTONIO.- Si llegas un momento antes hubieras presenciado como tu padre me ganaba por puntos en la conversación.

TWEI-LANG.- Mi amor filial me reprocha mi tardanza, pero el respeto que debo a mi honorable señor se congratula de ello.

ANTONIO.- Bien dicho, Twei Lang. (A Li-Tang) Debes estar orgulloso de ella.

LI-TANG.- Sería un castigo inmerecido que los dioses me hubiesen deparado una hija que no fuera ella. Ordena algo mi honorable señor?

ANTONIO.- Cobra el seguro de la mercancía que perdimos y depositalo en el Banco... ¡Ah! Y anula el último pedido que hicimos de thé si no consigues que te lo manden antes de cinco días.

Se inclina LI-TANG y sale.

ESCENA III

ANTONIO y TWEI-LANG.

TWEI-LANG.- (Al ver que Antonio se enfrasca en la lectura del Libro) ¿Qué le pasa a mi honorable señor? ¿Qué le pasa que no osa decirme? (La luz de los ojos de Antonio se ha oscurecido súbitamente) ¿Es cierto que se marcha mi señor? Hace días que no veo la alegría en sus ojos; parece que el señor huye de su sierva que

permanece olvidada en las sombras. Mi padre me pregunta que me pasa y yo sufro pensando en mi señor. Pero... mi señor... ¿en quién piensa?

ANTONIO.- En nadie, Twei-Lang, en nadie.

TWEI-LANG.- Eso no es cierto; ni tu corazón ni tu cabeza están vacíos de sentimientos. Antes, hace ya mucho tiempo, cuando éramos amigos y refamos en el jardín me hablabas de ella: Su cuerpo era grácil y esbelto como la caña del bambú; su pelo dorado como el arroz seco, y allá, en el fondo de sus ojos de jade, revoloteaban pajarillos de amor...

ANTONIO.- Calla.

TWEI-LANG.- Pronto la prudencia pondrá silencio a mis labios, más yo seguiré pensando que te has ido y el peso de mi corazón irá en aumento con las horas que pasen.

ANTONIO.- Has sido muy buena, Twei-Lang. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. (Acabado) Pero no te amo, no ~~la~~ puedo amar.

TWEI-LANG.- (Tiene los ojos tristes y los reflejos azules de su pelo han desaparecido) No, a amas a ella, a esa occidental que se apoderó de tus sueños. (Hace una pausa porque la tristeza siempre hace enmudecer los labios) Yo te ofrecí las delicias de mi jardín, que no te has dignado aceptar. No me importa que quiebres mis sauces ni estropees mis moreras; es mucho lo que te amo para que me atreva a pensar lo que dirían mis padres.

ANTONIO.- Que buena eres. No puedo aceptar, no me lo perdonaría nunca. Algún día me lo agradecerás. (Le toma las manos, trémulos pajarillos, ella sonríe)

TWEI-LANG.- Cuando será tu partida? ¿Con el otoño o tras él?

ANTONIO.- No se, pronto. Vine a hacer dinero y triunfé. Mi vida detuve en un punto; hice un alto en *Bebla* para reunir una fortuna y hoy que la tengo, marcho a ver si puedo reanudar mi vida donde la dejé suspendida. Detuve mi corazón, lo cerré en un día aciago y al cabo de tantos años tengo miedo de que todo haya sido en vano. Temo haber corrido tras una quimera. Cinco años son muchos años, para que el cielo siga siendo azul y el gorgojo de los pájaros traiga murmullos de amor. Quizá vuelva Twei-Lang, quizá la vida se me haga grande y el mundo me sobre. China me recogera y tú, Twei-Lang, no... no te pido que me esperes... ya lo hice una vez... pero si

volviese.

TWEI-LANG.- (La esperanza ha entrado de nuevo en su alma) ¡Oh! mi señor. Ya te ofrecí mi jardín. No me importa que quiebres mis sauces ni desgarras mis moreras. El durazno no se cansa de esperar solitario a que la mano de su señor venga a recoger su fruto, solo que... si tarda tendrá que agacharse a recogerlo del suelo.

ANTONIO.- Adios, Twei-Lang, espero que seas tan feliz como has querido que yo lo fuese.

TWEI-LANG.- Adios, Antonio. Serás para mí el eco que resuena en el vacío de mi corazón.

Sale TWEI-LANG, precedida por la inquietud de su alma.

ESCENA IV

ANTONIO, luego LI-TANG.

LI-TANG.- El nuevo socio de la compañía viene a ver a mi honorable señor. Acaba de llegar.

ANTONIO.- ¿Has averiguado algo sobre él?

LI-TANG.- Algo ha llegado a mis oídos, suave como el aire, pero como él, quizá también, algo sucio por el camino que recorrió.

ANTONIO.- Habla claro. ¿Qué quieres decir?

LI-TANG.- Mucho se ha hablado. Para unos es hombre de negocios, para otros además es duro de corazón. Compró las acciones al antiguo socio de mi honorable señor, cuando este sintió nostalgia de su tierra y nos abandonó. Compró rápido y en buenas condiciones. Se asegura que, usando de su vocabulario, no jugó limpio.

ANTONIO.- ¿Hay más noticias...?

LI-TANG.- Está casado. Es joven y bella. Se aman. Eso dicen.

ANTONIO.- Está bien. Voy a arreglarme.

Sale ANTONIO.

LI-TANG, ordena la mesa.

ESCENA V

LI-TANG, despues LUISA y FERNANDO.

FERNANDO.- ¿Está don Antonio? Soy su nuevo socio.

LI-TANG.- Mi honorable señor viene enseguida. Su humilde servidor Li-Tang y de ustedes queda a sus órdenes.

FERNANDO.- Gracias, Li-Tang. (Presentándola) Mi esposa.

Se sientan.

LI-TANG.- Una bella flor de occidente transplantada a un jardín más propicio para admirar su hermosura.

FERNANDO.- ¡Oh China, tierra para la poesía. Ves, Luisa, aquí serás feliz... esto no es París, desde luego, pero no te faltarán admiradores.

LI-TANG.- Supliré con mi lengua mi color y figura.

LUISA.- Acepto el ofrecimiento.

FERNANDO.- ¿Conoces bien a Don Antonio?

LI-TANG.- A él sirvo desde hace años.

FERNANDO.- Aunque la pregunta no sea apropiada para hacerla a un servidor. ¿Qué me puedes decir referente a él?

LI-TANG.- La lengua en su caminar, es como la babosa, siempre deja rastro.

FERNANDO.- ¡El servidor. Oyes hablar mal de tu amo y tu respondes bien.

LUISA.- Una cualidad más que creo haberte oído citar de esta tierra: la fidelidad.

LI-TANG se inclina respetuoso y agradecido.

FERNANDO.- Creo que don Antonio esperaba nuestra llegada para marchar; por ese motivo hemos anticipado nuestra venida.

LUISA.- ¿Se va por mucho tiempo?

LI-TANG.- Desconozco los designios de mi señor.

Entra ANTONIO.

ESCENA VI

LUISA, FERNANDO, LI-TANG y ANTONIO.

ANTONIO.- ¿Don Fernando Blázquez?

FERNANDO.- Sí, sí, yo soy. ¿Usted supongo es mi nuevo socio?

ANTONIO.- Servidor de usted.

FERNANDO.- Vinimos a verle nada más llegar. Luisa, nuestro nuevo socio.

Luisa mi esposa.

LUISA y ANTONIO se miran detenidamente.

LI-TANG.- (Mirando en ello y bajo a Antonio) Las rosas son hermosas, se-

señor, pero andad con cuidado, tienen espinas.

Lentamente cae el

T E L O N

CUADRO SEGUNDO
+=====

El mismo decorado del cuadro anterior, con las siguientes variaciones que tienden a demostrar ha pasado el tiempo: Distinto biombo y distinta tapicería en el tresillo u otro nuevo y ocupando la pared izquierda, en último término unas estanterías con paquetes de cartón de embalar.

ESCENA I

ANTONIO, despues LI-TANG.

ANTONIO, en traje de viaje, introduce unos papeles del cajón de la mesa en una cartera. En el centro de la estancia una maleta y maletín, y encima un sombrero.

Entra LI-TANG.

LI-TANG.- (Pensativo) Tenia la esperanza de que mi honorable señor hubiera suspendido el viaje.

ANTONIO. Me voy. Todo llega y mi viaje se ha ido retrasando mes tras mes. Lo he decidido bien y no quiero demorar más mi marcha.

LI-TANG.- (desconfiado y con la insinuante sonrisa oriental en los labios)
¿Es por ella?

ANTONIO.- (Se incorpora, se vuelve, le mira y se detiene en su papeleo)

~~LI-TANG. - (Se incorpora, se vuelve, le mira y se detiene en su papeleo)~~

Sí, es por ella,

LI-TANG.- Así es mejor.

ANTONIO.- Me alegro que hayas venido. Sentía irme sin despedirme de tí.
Te echaré de menos.

LI-TANG.- Y yo también echaré de menos a mi honorable señor, con el que hablaba sintiéndome occidental.

ANTONIO.- Gracias, Li-Tang; yo escuchándote me sentía oriental.

Pausa.

Sí, puedes decirlo sin miedo... huyo... huyo de ella.

LI-TANG.- Huir del pecado no es huir, señor, es vencer.

ANTONIO.- Lo dejo todo; no quiero volver a verla. Desdichada. Cree que la amo y será la causa de su desgracia.

LI-TANG.- Podeis confiaros a mí. El deshogar la conciencia es tanto como ahogar los remordimientos.

ANTONIO.- Que quieres que te diga si ya lo has adivinado todo. Cuando llegó Luisa me sentí impresionado por ella, por su cara de tristeza y aire resignado. Su impresión de infelicidad, se unió a la mía, era como una caricia recíproca. Un mutuo pedir y dar consuelo. Después... le hice el amor y fui correspondido. Pero pronto me cansé porque confundí la piedad con el amor. No la amaba, tu ya sabes que solo la amo a ella, a Isabel, a "Flor lejana de almendro", como tu la llamas. Entonces decidí, primero por pasatiempo, quizá por hastío y luego por necesidad seguir un juego necio y sucio que redundara en provecho de mis negocios. Y así, dominé su voluntad para que ella dominara la de su marido. Bajo juego de amor que hasta ahora dio resultado, pero que alguna vez tenía que acabar. No puedo mantener más esta situación. Estoy cansado.

LI-TANG.- Marcharos, señor; el camino del bien es estrecho, pero por el se va muy lejos. Además, alguien os espera.

ANTONIO.- ¿Tu crees?

LI-TANG.- Por el bien del señor...

ANTONIO.- Cuando estoy con ella siento anulada mi voluntad; todo lo olvido, pero luego me reprocho mi debilidad y me desprecio, siento hastío y me prometo terminar cuanto antes esta situación.

LI-TANG.- Me alegro que habiendo cesado en vuestras promesas paseis a la acción.

ANTONIO.- ¿Te alegra el que me vaya?

LI-TANG.- Yo pierdo mi amo y con ello se abre mi jaula, pero mi voz se perderá entre los extraños. Yendo por la otra y dejando a ésta, mi honorable señor gana en el cambio. No teneis tiempo ni corazón que darle, y el que le diéseis se lo quitais a quien más se lo merece. Mi segunda primera-dama fue buena tierra y me dio muchos hijos; la primera, como ésta, aunque por distintos motivos, era mala tierra y no me dio ninguno. "Flor lejana de almendro", será la tierra, honrada y pura, donde, como el loto, fijareis las raíces y germinarán los frutos de vuestro amor.

Entra LUISA, por lateral izqda.

LI-TANG se inclina y se retira.

ESCENA II

ANTONIO, ~~LI-TANG~~ y LUISA.

LUISA.- Te marchas.

ANTONIO.- Sí...

LUISA.- Me prometiste que no te irías. ¿A dónde vas?

ANTONIO.- No se... Europa... unas vacaciones. Lo sabían todos.

LUISA tiende la mano que ANTONIO recoge
y se dirigen al sofá donde se sientan.

LUISA.- Qué miedo he pasado. Pensé que no querías verme más.

ANTONIO.- Que cosas se te ocurren.

LUISA.- Creí que ya te habías cansado.

ANTONIO.- Siempre me figuré que tenías confianza en mí.

LUISA.- Tengo confianza en tí, quizá excesiva, pero hace unos días te encuentro extraño, raro, no se que te pasa.

ANTONIO.- Temo que Fernando descubra algo. Lleva unos días que no le noto esa confianza que tenía antes conmigo. Parece que me rehuye.

LUISA.- Figuraciones tuyas. Yo no he observado nada, claro que tampoco le hago mucho caso, nuestro matrimonio fue un negocio más para él.

ANTONIO.- Ahora que hablas de negocios. Debías aconsejarle compre las acciones de la "F.E.S.A." Podríamos unir las dos...

LUISA.- (Cortándole) Por favor, Antonio, deja ahora los negocios.

ANTONIO.- Es necesario, Luisa. Tienes que influir en él; recuerda lo bien que nos salió la última operación.

LUISA.- (Insinuante) Si pudieras aplazar tu marcha.

ANTONIO.- (La voluntad de Antonio se hizo humo marchándose por él) No me marcharé, pero consigue que las compre; algún día se alegrará, te lo aseguro Luisa. Sería conveniente que comprara antes el thé que la madera de sándalo, cuando tenemos un cargamento del que no podemos deshacernos; él espera que suba y es mucho arriesgar.

LUISA.- ¿Por qué no se lo dices tú?

ANTONIO.- Ya se lo he dicho pero no me hace caso. Tiene más acciones en la compañía y es el que decide, pero como siga así vamos camino a la bancarrota. Ni que quisiera que nos arruinásemos...

LUISA.- Me parece que piensas más en los negocios que en mí.

ANTONIO.- Que ocurrencias tienes.

LUISA.- Es verdad. Siempre me estás mandando cosas; siempre tienes un encargo que hacerme para que influya en sus decisiones... y siempre yendo de su incomprensión a tu frialdad. ¿Qué te ocurre estos días?

ANTONIO.- Nada.

LUISA.- No me lo niegues. Estás mintiendo. Llevas un tiempo como...

ANTONIO.- Como qué?

LUISA.- Como nervioso... con miedo... ¿no queda ya confianza entre nosotros?

ANTONIO.- Tengo miedo. Eso es todo. A veces me arrepiento.

LUISA.- ¿Me sigues, querido? ¿Antonio? ¿Contesta, Antonio?

ANTONIO.- (Quejido, más que voz) No, no te quiero.

LUISA.- ¿Pero que te pasa?

ANTONIO.- (Acabado) No me mires así. No estoy loco. No te quiero. No te he querido nunca. Escúchame, lo he intentado con toda mi alma, pero no he podido. Decir otra cosa sería mentira.

LUISA.- (Vehemente) ¿Pues miente; ¿Engañame una vez más; ¿Engañama por piedad?

ANTONIO.- (Sin pasión) Te amo, Luisa, eres todo para mí. ¿Lo prefieres así?

La besa.

LUISA se suelta de sus brazos.

LUISA.- Quita; me desprecias... tus besos son falsos.

ANTONIO.- Yo no te he besado.

LUISA.- (Mordaz) Eso es mucho mentir, no te pedía tanto.

Pausa.

No conduciría a nada; si me besas y tú mismo lo niegas, con el tiempo creería que fue un sueño.

ANTONIO.- Mejor es que todo hubiera sido un sueño... es preferible que nos separemos; creía que te amaba pero he descubierto con dolor la verdad. Quise amarte, pero no pude. Fue superior a mis fuerzas.

LUISA.- Superior a tus fuerzas. Qué egoísta eres. ¿Tan aborrecible soy? ¿Tanto me desprecias porque creí en tí? Ahora me doy cuenta que he sido solamente el instrumento que había de doblegar la voluntad de Fernando a tus deseos y caprichos. ¡Qué traidor has sido, Antonio! Eres peor que yo. Yo solo le engañé a él, pero tú nos has engañado a los dos.

ANTONIO.- No es eso. No lo comprendes.

LUISA.- Yo no comprendo. Yo amo. Tú lo comprendes todo.

ANTONIO.- (Como si pretendiera extraer del aire tibio ~~el~~ y perfumado de la tarde un nuevo motivo de conversación) ¿Qué piensas hacer ahora?

LUISA.- (En los ojos de su alma brillan dos lágrimas de pasión y despecho) Termina la pregunta. ¿Qué pienso hacer ahora que me has abandonado.

ANTONIO.- Eres cruel.

LUISA.- Yo soy cruel. ¿Y tú?

ANTONIO.- (Repite) Ahora que te he abandonado.

LUISA.- No sé, buscaré a otro.

ANTONIO.- ¡Luisa!

LUISA.- (Con triste reproche) Otro que no me abandone, por ejemplo Fernando. Pobre, si él supiera.

Pausa.

¿Cuándo te vas?

ANTONIO.- Ahora mismo. Lo tenía todo preparado. No pensaba decirte nada. Era mejor.

LUISA.- Así es mejor. Prefiero oírlo de tus labios. De otra forma me hubiese quedado la duda y te hubiera esperado siempre.

ANTONIO, se levanta y se dirige al centro de la escena.

Un adiós no es triste cuando no cabe la esperanza de un retorno.

Nuestro adiós hubiera sido el beso que uniera nuestro ayer con nuestro mañana, sería nuestro hoy cálido y húmedo, siempre presente.

ANTONIO.- (Con triste indiferencia) Un beso, ¿por qué un beso más?

LUISA.- Un beso más no sería, sería el "beso". Ven, bésame ahora, ahora que no me quieres. Para tí no supondrá nada. Para mí...

ANTONIO.- Sea, pues lo quieres. En él recordaré todos los que me diste.

Se levanta LUISA, y van uno al encuentro del otro. ANTONIO pondrá en esta acción todo el calor de una amistad sincera.

Entra FERNANDO.

ESCENA III

LUISA, ANTONIO y FERNANDO.

Llega FERNANDO, con esa inoportunidad que convierte en tragedia cualquier acto sencillo que epiloga la tensión de nuestra vida, abriéndole camino a la normalidad. El destino, ¿por qué no? pide venganza.

FERNANDO.- ¡Luisa!

LUISA y ANTONIO, se separan con la extrañeza y naturalidad de los que creen no cometer ningún acto reprobable. Luego demostrarán intranquilidad y vergüenza.

Vergonzoso. Has hecho de mí la imagen del ridículo, del hombre menos hombre porque su mujer buscó a otro. China, China, tu sola calentó el cerebro y todo su cuerpo.

FERNANDO, saca un revólver de la chaqueta y fríamente, con frialdad de verdugo apunta a ANTONIO.

LUISA.- ¿Qué vas a hacer, Fernando?

FERNANDO, dispara, una, dos veces.

ANTONIO, se encoge herido de muerte.

LUISA, con las manos en el rostro llora enloquecida.

FERNANDO, arroja el revólver al suelo.

T E L O N

ACTO TERCERO

=====

CUADRO PRIMERO

Una oficina moderna. A la derecha del actor, en el primer término, una puerta y en el último un sofá, que haga juego con los demás muebles metálicos, cuales son, en el lateral izquierda una mesa de oficina, detrás su sillón y delante una silla. Encima de la mesa un jarrón con flores y en último término una pequeña de vidrieras. Al fondo y a la izquierda una ventana rectangular de base doble que la altura. En un rincón un ropero metálico que al empezar la escena tendrá en su interior el abrigo y el bolso de ISABEL.

ESCENA I

ISABEL, MARGARITA.

En escena ISABEL, dispuesta a marcharse, hace los últimos preparativos.

Entra MARGARITA, amiga y compañera de trabajo de ISABEL.

ISABEL, acusa en su semblante el transcurso de cinco años de espera.

MARGARITA.- (Alegre, nerviosa, dicharachera) De parte de Don Pablo, esta notita. A mis años... ¿eh? Isabelita.

ISABEL.- Gracias, Margarita; ya me marchaba! Si te detienes un momento no me encuentras.

Toma la nota.

MARGARITA.- Pues lo hubiera sentido por don Pablo, porque por la cara que puso me figuro que tiene que decirte algo muy importante.

ISABEL.- Me lo figuro, no es la primera vez que me lo dice.

Lee la nota.

MARGARITA.- ¿Te quiere, verdad? ¡Ay! Hija, que suerte tienes. Si fuera a mí, le habría dicho que sí el primer día... y antes de que terminara.

ISABEL.- Pero esta vez ha ido más lejos que otras veces. Pretende que vaya esta tarde a su casa pues tiene mucho trabajo.

MARGARITA.- Qué interesante. ¿Irás, verdad?

ISABEL.- No, no puedo ir.

MARGARITA.- ¿Y por qué no?

ISABEL.- Por que está mal.

MARGARITA.- Nada de eso. No tiene importancia, mujer. Si no te va a comer.

ISABEL.- Hacia don Pablo solo siento una gran amistad; sentimiento que no es suficiente como para ir a su casa. Si ~~estuviera~~ estuviese enamorada...

MARGARITA.- ¡Bah! Eso son tonterías. Actualmente el amor no sirve para nada, es cosa que no se usa. Son las crónicas de sociedad quienes crean el amor y a través de ellas se enteran los propios enamorados de que van a ser muy felices y en donde van a pasar la luna de miel. A mí si me saliese una buena proposición, como la de don Pablo, no dudaría en aceptarla ni un solo momento. O tal vez dudaría... despues de casada.

ISABEL.- (Como la seriedad del alma no está reñida con la banalidad del momento responde con cierta ironía) ¡Ah! Desde luego no dudo que llegarías a ser tan buena madre como discreta esposa. Pero, yo no tengo prisa.

MARGARITA.- ¡No tiene prisa! ¡No tiene prisa! (Haciendo aspavientos) Todas las cosas tienen su tiempo, hija. Y de don Pablo ¿no te da lástima? Todo el mundo se ha dado cuenta de que le tienes loco a ese pobre hombre ¡Y qué hombre!

ISABEL.- No será tanto.

MARGARITA.- Claro que lo es. Y tú te pasas el día haciéndole desprecios con tu aire frío e indiferente.

ISABEL.- Yo no le hago desprecios, es mi carácter.

MARGARITA.- Pues lo parece. Además, cuando yo le digo es porque lo dice todo el mundo, yo no invento... y si pretendes llamarme mentirosa...

ISABEL.- Calma, Margarita. Todavía no te lo he dicho, ni creo tener que decirte lo nunca.

MARGARITA.- Bien, es que a unas los nervios nos hacen dar brinquitos y a otras os da por... porque no me negarás que tú estás un poquito... (Se lleva significativamente el dedo índice a la sien) No, no, sin enfadarse. Pero no estaría demás que salieses más a menudo, que pasearas, que te diviertas, en fin un poco. Debías empezar una nueva vida. Hoy mismo, ves a verle, tira por la borda todas esas ñoñeces y a ser feliz de una vez.

ISABEL.- No me atrevo.

MARGARITA.- Si quieres te puedo acompañar.

ISABEL.- (Sin convicción) ¿De verdad me acompañarías?

MARGARITA.- Pues claro. Con tal de que vayas, hago lo que sea necesario.

ISABEL.- (Todavía dudosa) En ese caso...

MARGARITA.- Decidido. Ya está hecho. Esta tarde cuenta conmigo. ¿Nos vamos?

ISABEL.- Sí, vamos.

Se disponen a salir. ISABEL que durante esta escena se vistió el abrigo y se calzó los guantes, ahora se vuelve indecisa, como luchando con una idea.

ISABEL.- No, no puede ser. ¡Qué vergüenza!

MARGARITA.- ¿El qué?

ISABEL.- Que no voy a su casa.

MARGARITA.- Pero mujer, a estas alturas.

ISABEL.- No voy. Si me quieres de verdad que me lo diga a mí mismo o en la calle, o en donde sea... menos en su casa.

MARGARITA.- Isabel;

ISABEL.- ¡Margarita;

Entra DONPABLO

ESCENA II

ISABEL, DON PABLO, y MARGARITA.

DON PABLO.- ¿Todavía no se han marchado?

ISABEL.- Nos disponíamos a marchar cuando usted entró...

DON PABLO.- Yo quisiera hablar con usted, Isabel, un momento.

MARGARITA.- (Coqueta) Pero yo no puedo perderlo porque me están esperando.

(Simuladamente guisa un ojo a Isabel) Así es que si me perdonan.

DON PABLO.- Si pensaban marcharse juntas...

MARGARITA.- (Interrumpiéndole) No, desgraciadamente nuestros caminos son distintos. Adios.

ISABEL.- Adios, Margarita.

DON PABLO.- Buenos días.

Sale MARGARITA.

ESCENA III ISABEL, DON PABLO.

DON PABLO.- ¿Consiguió marearla, Isabel?

ISABEL.- No, aunque bien lo intentó.

DON PABLO.- Menos mal. Yo la temo. Si no fuera porque trabaja a la misma velocidad que habla.

ISABEL.- Sí, es muy buena y trabajadora.

DON PABLO.- Es mi cabeza y mis manos.

ISABEL.- (Distraída) Sí, es muy buena y trabajadora.

DON PABLO.- Es de nosotros y no de ~~habla~~ Margarita de quien quería hablarle.

ISABEL.- Hable, le ~~oigo~~ oigo.

DON PABLO.- Siéntate, Isabel. (Fuma) ¿Pensaste que no debías ir?

ISABEL.- (Se sienta) Sí.

DON PABLO.- Me lo figuraba, por eso vine. ¿Tomaste alguna determinación?

ISABEL.- Me parece pronto.

DON PABLO.- Todo te parece pronto. Te cuesta trabajo adaptarte a una nueva situación. Te deslizas por la vida indiferente, esclava de un recuerdo. Eres la única mujer con quien quiero casarme.

Tú lo sabes.

ISABEL.- Mi corazón ha envejecido muy deprisa.

DON PABLO.- Eres todo lo joven que yo quiero que seas. No te cambiaría por una muchacha alocada e irreflexiva. Te quiero con tu vida hecha a golpes de voluntad y renunciación; te quiero Isabel y te necesito.

ISABEL.- Gracias, Pablo. No sé que hubiera sido de mí sin tu ayuda. Tu presencia me es necesaria, me dá ánimos. Espero que él te lo agradezca algún día como yo.

DON PABLO. Siempre él. ¿Te casarías conmigo si no estuviera entre nosotros?

ISABEL.- No está entre nosotros? Está antes que tú. Mucho antes de saber que existías, de que llegaríamos a conocernos, amaba a Antonio y mil proyectos habíamos formado para el futuro.

DON PABLO.- No te reprocho que le ames, ni te culpo por ello. Por humanidad podrías no abandonar a ese hombre, serle fiel...

ISABEL.- No es solo por humanidad.

DON PABLO.- Pero tú tienes derecho en tu vida a algo más que esperar a un ausente que quizá no vuelva nunca.

ISABEL.- Calla, no digas eso.

DON PABLO.- ¿Te será él tan fiel como lo eres tú?

ISABEL.- Si al final me es fiel, me conformo.

DON PABLO.- ¿Pero cuándo llegará ese final? ¿No te has cansado de esperar? ¿Cuántos años llevas esperando su vuelta?

ISABEL.- (Dulcemente, mecida en los brazos del recuerdo, lanza la mirada a los tiempos pasados) Pocos, cinco.

DON PABLO.- ¿Te parecen poco cinco años desperdiciados? Isabel, cinco años en amor, es toda una vida. Cinco años de juventud perdidos como principio, y al final una vejez fría y solitaria es lo que te estás forjando con tu fidelidad a un fantasma que has idealizado en tu mente. La lejanía, la ausencia y los recuerdos, han forjado un mundo nuevo, irreal, en tu ser, que ha desplazado la realidad. Vives de recuerdos que, con el tiempo... cinco años has tenido para ello... cinco largos años... que te están matando esclava de un recuerdo.

ISABEL.- No me matan, me hacen vivir para él, para esperarle. ¿Qué sería de mí sin él?

DON PABLO.- Serías una mujer normal que olvida lo que fue un sueño de la

juventud y aspira a formarse su presente.

ISABEL.- ¿Sin amor?

DON PABLO.- No, con amor. Pero no con ese amor que indica goce y posesión, con ese amor de la juventud, mitad ilusión, mitad pecado, que se pierde con los años. Compréndelo, Isabel. Ya no somos dos chiquillos. La vida se pasa. Aprovechemos lo que nos queda y seamos todavía felices. Tu Antonio no volverá, te ha olvidado. Acabemos con esta situación.

ISABEL.- Dame más tiempo.

DON PABLO.- (Esperanzado en su derrota) ¿Cuánto?

ISABEL.- No sé. Esperemos aún.

DON PABLO.- ¿Dos meses?

ISABEL.- Bueno, dos meses.

DON PABLO.- ¿Y después?

ISABEL.- (Renaciendo a su luz interior que la guió durante estos cinco años) ¿Después?... seguiré esperando... eso es, esperando.

DON PABLO.- (Vencido pero tranquilo) Te compadezco, Isabel.

Camina hacia la puerta en busca,
quien sabe, de amor y comprensión.

ISABEL.- ¿Te marchas?

DON PABLO.- ¿Crees que debo quedarme? ¿Crees que debo luchar más? ¿Te parece poco todo lo que te he dicho, o crees que queda algo que decir entre nosotros? Si es así dímelo, quizá lo haya olvidado.

Pausa.

No nos engañemos más, Isabel.

ISABEL.- Lo siento, creeme.

DON PABLO.- Eso es lo malo. Todo lo sientes. Sientes esperar, sientes rechazarme y... esperas antes de hacer algo... Adios Isabel.

ISABEL.- Adios, Pablo.

Sale don PABLO.

ESCENA IV

ISABEL, luego MARGARITA.

Entra MARGARITA agitada por la curiosidad.

MARGARITA.- ¿Lo cazaste, Isabel? Me quedé esperando solo por saber como van tus cosas. ¿Le has dicho que sí? Si no lo has hecho es una tontería. Piensa que es un hombre muy bueno, que te quiere. además, bien mirado, es un partidazo. (Suspirando con la banalidad que la caracteriza) ¡Por qué no se habrá fijado en mí; No se lo que tengas tú, que no tenga yo. (Se mira aporrobativamente) Porque mi tipo no tiene nada que corregir. Pero que te pasa. No dices nada, ~~dime~~, cuéntame. ¿Qué te dijo don Pablo?

ISABEL.- Una vez más lo de siempre, que me quiere... que no le quiero... que le hago sufrir.

MARGARITA.- Es verdad, y ¿por qué eres así?

ISABEL.- Porque no puedo ser de otra forma.

MARGARITA.- Con lo fácil que es una palabrita y todo arreglado. Un sí bajito y a la iglesia de cabeza. ¡Ay; Dios mío. Dichosa palabrita y a mí que nadie me da oportunidad de que se la diga. Me voy a morir con las ganas. Todos me dicen que soy muy guapa, muy simpática, que da gusto estar conmigo... pero será un rato porque nadie aspira a estar toda la vida... claro que yo no les pido tanto... alguna vez les dejaría salir un rato... no siempre les iba a tener metidos en casa para que se me pusiera pálido y tristón. Bueno y entonces que le dijiste ¿que no había nada que hacer?

ISABEL.- Sí.

MARGARITA.- ¿Y él, que te dijo?

ISABEL.- Que iba a decir, se fue,

MARGARITA.- Pobrecito. Que lástima me da. Siento ganas de ir a consolarle.

ISABEL.- (Distraída) Inténtalo.

MARGARITA.- ¿Tú crees? Si fuera verdad habrías hecho muy bien en decirle que no... no es por nada, sabes... pero ya que a tí no te interesa... pues me lo traspasas y asunto liquidado.

ISABEL.- Dijo que me compadecía.

MARGARITA.- Que barbaridad, que presuntuoso.

ISABEL.- Y que lo que hacía era una locura.

MARGARITA.- Que bárbaro, ni que valiera tanto.

ISABEL.- (Saliendo de su distracción) No tiene razón ¿verdad?

MARGARITA.- No, hija, ninguna. No sabía yo que se tenía en tanta estima.

En ese caso no creo que necesite consuelo.

ISABEL.- (Se le nubla el rostro en triste presentimiento de un futuro solitario) Añadió que me veré sola, siempre sola, que mi vejez será fría y solitaria... y todo por mi gusto.

MARGARITA.- Ni que no hubiera más hombre que él. Ya saldrá otro, no te preocupes. Si este no te gusta, y no se por qué, ya vendrá otro. Hay muchos y tu estás muy bien para pensar en la vejez... me da miedo pensarlo... con ochenta años y sin haber podido hacerle la vida imposible a un hombre.

ISABEL.- (En su indecisión quiere que Margarita le de la razón en la determinación que tomó) Entonces ¿tú crees que no tiene razón? ¿He hecho bien en decirle que no?

MARGARITA.- Pues claro, hijita; ni yo lo hubiera hecho mejor. Si es un idiota, un presumido... que se habrá creído. Vámonos, vámonos, ni caso. Vamos a tomar por ahí, algo de eso que sabe tan mal y que reanima tanto. Tu ya me entiendes ¿eh?

ISABEL VA HACIA la puerta. MARGARITA queda detrás. Al abrir ISABEL, abre al mismo tiempo ANTONIO por el otro lado de la puerta. Se ven.

Y como la realidad es lo más irreal que a veces pueda darse, y como ANTONIO está presente en el corazón de ISABEL porque su mente le tiene perdido, se produce en su ser, al verle entrar, tal choque de encontrados sentimientos que queda completamente enajenada. Ni ríe, ni llora. Sus ojos miran el presente y solo ven el pasado. Al fin, la dolorosa reacción de la alegría; Sollozante, cae en los brazos de ANTONIO.

ANTONIO.- ¡Isabel!

ISABEL.- ¡Antonio!

MARGARITA.- (Mientras sigan abrazos y hablando para sí) Sí, sí, sola en la vejez. Si viene un poquito más tarde ... (A ellos) Tener cuidado no os dejen encerrados. De todas formas telefonearé por si acaso.

Sale MARGARITA.

ESCENA V

ISABEL y ANTONIO.

ANTONIO.- ¡Isabel!

ISABEL.- ¡Mi Antonio! ¡Al fin!

Se separan y se observan.

ANTONIO.- Sí, tu Antonio, que viene a estrecharte nuevamente entre sus brazos. Te quiero, Isabel. Escucha lo que escuchaste siempre: Te quiero con toda mi alma, te quiero. No he hecho otra cosa que pensar en tí durante todo el tiempo que hemos estado separados. ¿Y tú, has pensado en mí?

ISABEL.- Si hubiera llegado a distinguir el día de la noche, noche y día hubiera pensado en tí. No he pensado en tí, he sentido tu amor en mi carne. Todo era un dolor continuo y constante en el alma y en el cuerpo. No he pensado, he vivido cada instante que pasamos juntos, en cada instante presente. Solo cuando me sentía firme, segura, aferrada con los pies en el mundo, podía pensar en tí. Pensar en tí, y en tu ~~rápido~~ retorno, pensar en tí como en mi salvación. Y que pocos han sido esos momentos de seguridad y firmeza. Siempre he vivido en el aire. En esos momentos como pensaba en tí, eras mi consuelo, mi destino, mi esperanza, mi desesperación. Eras todo para mí, eras todo mi mundo, nuestro mundo de sueños e ilusiones ¿recuerdas? Vivías en mí; por la noche oía tu voz llamándome bajito. Más de una vez me desperté al oír tu voz llamándome. El día que me dijiste: "Volveré, volveré por tí", lo decías con tanta fé y seguridad que me infundiste todo tu valor y te decidí a marchar, pero pasó el tiempo, me quedé sola entre todo el mundo y el miedo se apoderó de mi corazón.

Pausa dolorosa.

¿Dónde has estado todo este tiempo?

ANTONIO.- Luchando, Isabel por nuestro amor. Luchando y destruyéndonos.

ISABEL.- Sí, destruyéndonos. Que destrucción es toda separación. No debiste dejarme... nunca... he sufrido tanto.

ANTONIO.- Era necesario. No podía ofrecerte nada.

ISABEL.- He sufrido mucho. Cinco años esperándote... cinco largos años perviviendo. Porque eso no era vida, sino un constante padecer por tu muerte... por la muerte de tu cuerpo y tu recuerdo. Del recuerdo que de mí te llevaste. ¡Oh! Cuantas cosas atormentaban mi mente sonámbula, en la noche de mi vida. Que de locuras absurdas y dolorosas.

ANTONIO.- Ahora descansará tu dulce cabecita.

ISABEL.- (Que piensa en el futuro como antes pensó en el pasado, tratando de dominar su creciente pesimismo) ¿Qué fin será el nuestro con un principio tan amargo y solitario?

ANTONIO.- (Pretende infundirle todo su valor y confianza) El dulce fin de los que lucharon y quedaron vencedores. Nuestra separación fue necesaria... ¿O es que ahora, al final, triunfadores, te sientes tan cansada que crees inútil la lucha de la espera?

ISABEL.- Siento lo que has tardado una vez que estás conmigo. Tu has luchado, te has desenvuelto en la vida, has tenido en todo momento la iniciativa, has sido el que has hecho... yo, en cambio... esperar. ¿Sabes tú, lo que es eso? Esperar un día y otro, y otro, y siempre lo mismo. ¿Habrá muerto, habrá encontrado otra, será un fracasado y no quiere ni puede volver?

ANTONIO.- Sí, Isabel, me lo figuro. Yo también lo he pasado.

ISABEL.- ¡Tú no lo has pasado! ¡Tú no te has asomado al balcón esperando porque te lo decía el corazón que hoy vendría, y permanecido allí horas y horas esperando, para retirarte cansado y tenderte en la cama sollozando. Tu no te has dicho: "Ya no vendrá, ni hoy ni mañana, ni nunca", y al día siguiente volver a decirte las mismas cosas. Tu no has tenido que esperar, he sido yo, yo sola, la que ha esperado, sin ningún consuelo ni esperanza a que tu te decidieras a volver.

ANTONIO.- A decidirme no, a poder.

ISABEL.- Me es lo mismo, a poderte decidir. Yo te hubiera recibido co-

no vinieras, rico, pobre, como fuera, yo te quería a tí, era a tí a quien necesitaba, porque te he necesitado tanto...

Pausa.

ANTONIO.- Aquí es donde trabajas.

ISABEL.- Sí.

ANTONIO.- ¿Hace tiempo?

ISABEL.- Hace tiempo... mucho tiempo...

ANTONIO.- (Tratando de encauzarla a la realidad) Por favor... ¿te trata bien don Pablo?

ISABEL.- Me ha pedido que me case con él. Intentaba que te olvidase. Hoy mismo antes de tú llegar, me lo dijo una vez más, y yo como vengo haciendo hace mucho tiempo, le dije que seguiría esperando.

ANTONIO.- ¿Y... me esperaste... Isabel?

ISABEL.- Te esperé, aunque tuve el presentimiento de que habías muerto para mí?

ANTONIO.- El amor que te tengo, cuidaba de mí y me salvó de todos los peligros... ¿me quieres todavía, Isabel?

ISABEL.- (Intentando evocar el Antonio de sus recuerdos) Sí,

Se abrazan.

T E L O N

CUADRO SEGUNDO

Mismo decorado del acto primero.

ESCENA I

LUIS, luego ISABEL y ANTONIO.

LUIS, sentado a su mesa, escribe. Ya es de día, pero la luz de su mesa sigue encendida, pues no ha reparado que terminó la noche, obsesionado escribiendo como está.

Entran ISABEL y ANTONIO.

ANTONIO.- ¿Qué escribes, ahora, Luis. ¿Tramas mi muerte?

LUIS.- (Levantándose) ¡Cómo! ¿Vosotros aquí? Pero... ¿qué horas son estas?... debe ser muy tarde. (Apaga la luz de su mesa).

ISABEL y ANTONIO se sientan en el sofá.

... ¿tu muerte? No, ya se ha cumplido.

ANTONIO.- No he muerto, Luis, aunque tu intención fue matarme.

LUIS.- Estás muerto. Te mató Fernando, en China, por robarle el amor de su mujer.

ANTONIO.- El destino solo se cumple una vez... y el mío ya se cumplió. Fernando no me mató.

LUIS.- Eso es falso... tú estás muerto.

ANTONIO.- No, no estoy muerto, pero de haber un muerto entre nosotros no soy yo.

LUIS.- ¿Pretendes decir que no fui te mató? ¿Qué estoy muerto? Tienes

razón, quizá no te maté del todo y solo te quité la razón. Tu locura es suficiente castigo y tu estado me satisface igual. Creete vivo, y pasea tu idiotez por el mundo hasta que te encierran.

ANTONIO.- Escúchame. Vine ha decirte que has perdido. Lo que tu has escrito, no se ha cumplido. Hemos vivido otra vida. Lo que escribiste destinándolo a nuestras vidas no ha salido de tus cuartillas, ha quedado en ellas encerrado. Bota cuanto antes esos papeles. Te traen desgracia. Me casé con Isabel y salimos de tu vida para siempre. Tú nos sobras.

LUIS.- ¿Qué dices, loco? ¿Casarte con Isabel? La casé con don Pablo agotada de esperarte, cuando la espera le minaba el cuerpo y el alma.

ANTONIO.- Isabel no se casó con don Pablo. Vine yo a sacarla de tu poder. Al salvarme yo de tí, vine a salvarla a ella. Isabel me amó siempre, y siempre me esperó. ¿No es cierto, Isabel?

ISABEL.- Sí, Antonio, nuestro amor nos ha salvado.

LUIS.- (Va hacia ellos quedando en medio de la escena) Antonio está muerto, porque yo lo he querido.

ISABEL.- (Con dulce reproche) ¿Y por qué lo has querido?

LUIS.- Porque es mi destino. Es mi sino el que me obliga a ello.

ANTONIO.- Vosotros no teneis destino.

LUIS.- Tenemos un destino inexorable, más fuerte que vosotros que nos arrastra continuamente. ¿Quién me manda a mí hacer lo que hago con vosotros?

ISABEL.- Nadie, tu maldad.

LUIS.- ¿Y quien puse en mí la maldad? ¿Quién permitió que hiciera uso de ella?

ANTONIO.- Eres un egoista, pretendes ahora justificarte.

LUIS.- Quiero justificar a todos con mi justificación.

ISABEL.- Tu maldad no tiene límites. Abarca más que tú, te rodea como una niebla fantasmal, que inspira repulsión. Me das miedo.

LUIS.- Pensabas en Antonio, sí, pensabas mucho, pero te casaste con don Pablo. ¡Así sois las mujeres!

ISABEL.- ¿Así, soy, o así querías hacerme?

ANTONIO.- Luis, Fernando no te mató. Fernando, fiel imagen tuya, no

pudo luchar contra mí, no pudo contra los sueños. Creaste un pobre ser enfermizo, dispuesto a matar. Serás castigado por tu soberbia, porque no has sabido ser humilde. Que sencillez es ser bueno, Luis, y que fácil hacer feliz a nuestros semejantes. Te encaraste, provocaste al mundo de los sueños quisiste ~~provocar~~ destruir el mundo de las fantasías, ese mundo de ilusiones que todos llevamos dentro y no tienes perdón. Tuviste en tus manos un gran poder pero lo empleaste torpemente, hiciste mal uso de él y eso te ha perdido. Tu pecado ha sido muy grande: Te compadezco.

Durante las palabras de ANTONIO, y aún antes, LUIS dará muestras de agitación enfermiza, llevándose las manos al pecho y a la garganta.

LUIS.- No, eso no... eso no...

LUIS cae al suelo quedando de rodillas.

Entra RAFAEL.

ESCENA II

LUIS, ISABEL, ANTONIO, RAFAEL.

RAFAEL, corre hacia LUIS que acaba de caer. No repara en ISABEL y ANTONIO.

RAFAEL.-;Luis, dime, Luis, que te ocurre... que te pasa;

RAFAEL le sujeta entre sus brazos.

LUIS señala con el brazo extendido torpemente, hacia donde están ANTONIO e ISABEL.

RAFAEL mira sin ver, ni comprender.

... Luis, que quieres; ¿qué necesitas, Luis; ¿qué te pasa;

LUIS, muerto, deja caer cabeza
y brazo.

... Luis,... Luis... Luis...

Le deja en el suelo con cuidado
y se incorpora lentamente. Luego, mira
en derredor torpemente y entonces des-
cubre a ISABEL y ANTONIO que aduie-
ren bajo el sol, realidad vital, exis-
tencia plena, cuando muere LUIS.

Perdóñenme,.. no les había visto.

ANTONIO.- Veníamos a ver a Luis.

RAFAEL.- (Señalando donde está caído Luis) Pueden verlo, pero él no
les verá. Ha muerto hace unos instantes. Un momento antes y...
pero no murió abandonado... murió en mis brazos. Pobre Luis,
me tenía preocupado... llevaba una temporada que no estaba
bien... le fallaban los nervios, quizá bebía en exceso... se
excitaba por cualquier cosa. Ayer tarde vine a proponerle que
se viniese conmigo a pasar una temporada en el campo, o con
mi familia. Le sorprendía hablando solo, fuera de sí, enlo-
quecido, y me habló de unos personajes de su novela, o no se
que diablos, que se le habían aparecido... pobrecillo, esta-
ba muy mal. Tuve miedo por él, y miren, mi presentimiento
hecho realidad.

ISABEL.- Sí, es triste... un momento antes lleno de vida y ahora...
¿pero que fue? Un ataque... ¿no cree usted?

RAFAEL.- Debió serlo. Falló el corazón. Era un cuerpo muy pequeño
para un corazón tan grande... mucho motor para un carro tan
pequeño... se ha estrellado. En este mundo, para andar con
seguridad por sus mezquinas carreteras y pasos a nivel hay
que ser grande, lento, torpe y atento a las numerosas seña-
les que conducen el rebaño humano. Se salió de la manada,

escogió su camino... y le costó la vida... pero no me he presentado... discúlpenme... dada la situación... Rafael Fuentes, íntimo amigo de Luis.

ANTONIO.- Antonio Robles, Isabel, mi esposa.

RAFAEL.- Encantado... (Comprendiendo) Cómo? ¿Son ustedes Isabel y Antonio?

ANTONIO.- No le entiendo, caballero.

RAFAEL.- Perdónenme... of a Luis hablar de ustedes; eran su obsesión.

Le preocupaba mucho su porvenir... su destino, como él decía.

ANTONIO.- Es posible. Nunca fue partidario de nuestras decisiones.

RAFAEL.- Se oponían a nuestra boda.

RAFAEL.- (nervioso) Pero por fin se casaron.

ANTONIO.- Si nos casamos, aún cuando él lo consideraba un imposible.

ISABEL.- Hizo todo lo humanamente imposible para impedirlo.

RAFAEL.- (pensativo) Se casaron por fin.

ANTONIO.- ¿Defía usted?

RAFAEL.- No, nada, nada.

ANTONIO.- Le ruego nos dispense pero tenemos que retirarnos. Si en algo podemos ayudarle... dada su amistad.

RAFAEL.- (Nervioso) No, no, déjenlo tranquilo... digo... dejémoslo tranquilo. Muchas gracias. (Se inclina) Señora.

Salen ISABEL y ANTONIO.

Rafael, queda viéndoles marchar, tristemente, mira a LUIS y en derredor; cruza la escena lentamente y apaga la luz. Vuelve hacia LUIS, que recibirá la luz del sol mañanero que entra por la ventana, bostado como está en el suelo, y lo abraza medio incorporándole.

Luis... son ellos. Les he visto? Luis, les he visto. Estaban ahí, agazapados, esperando tu muerte, en el rincón donde tú señalabas.

T E L O N